

Cuando lo
alternativo
deviene
normativo



Carlos A. Valderrama R.

Nací y crecí en la ciudad de Cali. Soy lo que podría llamarse un afro-caleño. Con la presente reflexión sobre la política y la poética de los cortes de cabello afro, busco compartir lo que ha sido mi experiencia sobre la construcción social y racial de dichos cortes. Como saben, el cabello de la población negra es, mayormente, grueso, corto y rizado, por lo que no todos los peluqueros y estilistas saben cómo tratarlo. En el proceso de encontrar peluqueros expertos en cortes afros, otras contradicciones aparecieron. Es por esto que la descripción de estas experiencias muestra cómo en ocasiones, expresiones artísticas alternativas sobre el corte de cabello afro se convierten en normativas, de forma que imposibilitan la expresión de estéticas que se encuentran por fuera de los parámetros establecidos por los ahora reconocidos «cortes afros». Aunque esta reflexión se centra sobre lo que podríamos llamar la política del cuerpo negro, no hay duda de que este fenómeno se puede encontrar en expresiones artísticas de los diversos grupos étnicos y raciales que existen en Colombia.

Cuando niño, entre mis 10 y 14 años, pasé mucho trabajo para encontrar un peluquero que entendiera la forma de mi cabello. Estoy hablando de los años ochenta en Cali. En el barrio en que crecí, El poblado II en el Distrito de Aguablanca, recuerdo que las máquinas de peluquería no existían. Todos usaban tijeras. Recuerdo salir inconforme y frustrado por los «trasquilones» o huecos que dejaban ver la piel en mi cabeza. Parece que las tijeras permitían un mayor desempeño en cabellos lisos y largos, propio de las personas mestizas o blancas.

Entre rabias, frustraciones, trasquilones y burlas de mis amigos, mi padre, Abrahán Valderrama, improvisaba como peluquero con métodos alternativos, pero ortodoxos. Tomaba una peineta pequeña, una hoja o cuchilla de afeitar, que mi padre unía para peluquearme. Aunque no me dejaba huecos o trasquilados, su método era muy doloroso. Al pasar la peineta con fuerza rivalizaba con el denso rizado de mi cabello. Si peinarnos con peinetas pequeñas era un martirio, al unirla con la hoja o cuchilla de afeitar el dolor se incrementa.

En términos de la estética, el método de mi padre me resultaba mucho mejor. Ya no había burlas de mis amigos por los trasquilones, pero recuerdo que con el tiempo me escondía de mi padre o me hacía el dormido para no someterme al rigor de sus métodos estilísticos. Al final, terminaba desafiando el destino al dejarme peluquear por quienes usaban tijeras.

En bachillerato conocí una familia afro de apellido Ocoró. Fueron los primeros que observé con cortes afro. Eran peinados bacanos, definidos y diferentes a los que yo lucía. Uno de ellos me explicó cómo debía peluquearme. Recuerdo que mi amigo me decía que yo debería hacerme el Miki, el Jersey o el Mesa, estilos de peinados afros muy usados por hombre negros para la época, 1994. Recuerdo que no entendía lo que me decía. Además, en el sector de mi barrio, o lo que conocía de él, no había nadie que lo hiciera como mi amigo lo describió. Así que, en una ocasión, me quité todo el cabello en un acto de rebeldía o de locura. Esa fue la primera vez que vi una máquina de peluquear. Fue en la casa de mi entonces amigo mestizo llamado Venur. Al salir a la calle, recuerdo que me gritaron Cuco Valoy. Según mis interlocutores, mi nuevo corte de cabello me hacía lucir como el cantante de salsa dominicano.

Fue en un viaje a la tierra de mi madre, Buenaventura, que fui introducido a los cortes afros como los conocemos hoy. Recuerdo que mi

abuelo Alberto Rentería y unas primas, María Fernanda e Indira Viveros, contactaron a mi primo Janeiro de Sousa, cariñosamente llamado «Calvo», para que me peluqueara. Él, mi primo calvo, me hizo una sombra y el Miki. Al terminar, vi una nueva persona. Nunca me había sentido tan bien y hermoso. Sentía que el nuevo corte resaltaba mis rasgos faciales y que yo lucía tan apuesto como Will Smith; y eso que no tengo nada de parecido al rapero, actor y comediante afroamericano. Pensaba: al fin encontré, y entendí lo que mi amigo Ocoró me decía cuando me hablaba del corte Miki, el Jersey o el Mesa. Lo que para mí era una maravilla, para los bonaverenses era su cotidianidad. Habían muchos como mi primo que peluqueaban con máquinas en pequeñas peluquerías, en la calle y a domicilio. Todos tenían estos cortes y se veían muy bien.

Como hombre negro nacido en Cali, lo que estaba experimentando fue un *memento magnifico*; mundo nuevo, maravilloso y sublime que me descubría, pero que, lastimosamente, era efímero. Al regresar a Cali, a mi barrio, de nuevo me vi enfrentado al problema de los peluqueros con tijeras. Todavía el boom de las peluquerías afro no había iniciado como lo haría tiempo después. No contaba con recursos económicos para desplazarme a Buenaventura con frecuencia o ir a los lugares de corte afro que mis primos en Buenaventura me sugerían podía visitar en Cali. Así,

«Nunca me había sentido tan bien y hermoso. Sentía que el nuevo corte resaltaba mis rasgos faciales y que yo lucía tan apuesto como Will Smith»

terminé donde la peluquera blanca de siempre que, como yo antes de ir a Buenaventura, no entendía aquello que trataba de explicar y describir como el corte Miki con Sombra, el Jersey o Mesa. Hacía su esfuerzo, pero terminaba haciéndome un Miki que extendía mi frente a la mitad de la cabeza. Se podrán imaginar las burlas de mis amigos.

Mi tortura terminó cuando nos pasamos a vivir al barrio Villa del Lago. Aunque la gente no lo acepta, también hace parte del Distrito de Aguablanca. Por su puesto, a diferencia de los otros, en Villa del Lago vivían familias de clase media baja, educada y trabajadora que miraba por encima del hombro al resto del Distrito. Su cercanía con Charco Azul, Ulpiano Lloreda, y demás barrios alrededor, hacía que los habitantes de Villa del Lago enfatizaran sus diferencias de raza y clase para distinguirse de aquellos. Fue ahí donde me redescubrí de nuevo con los cortes afros. La única peluquería cercana a mi casa era de hombres ne-

gros que vivían en Charco Azul. Eran súper famosos. Siempre estaba llena de gente esperando largos turnos para ser atendidos. Sentía que valía la pena esperar horas y horas para ser atendido, no solo porque al final mi apariencia se parecería a la de Will Smith, sino porque las peluquerías afros han sido un espacio de socialización que enseña mucho sobre hip hop, fútbol, rumbas y mujeres. Ahora que lo pienso, eran espacios de socialización donde comportamientos machistas encontraban vías de expresión y se reforzaban en ideas de masculinidad. En aquellos tiempos no entendía nada del machismo y de sus terribles efectos. Me interesaba verme y sentirme como parte de una comunidad que lucía cortes que nos hacían ver y sentir diferentes. Lo que estaba experimentando, sin darme cuenta, era un movimiento estético-cultural que emergió de las márgenes de lo que era ser caleño y que, influenciado por la cultura afroamericana, se tomaba a Cali.

Tomarse a Cali no fue un paso fácil. En un comienzo los cortes afro fueron estigmatizados. Eran «los negros», en muchos casos pobres y del Distrito de Aguablanca quienes se hacían tales cortes. En muchos contextos populares, los cortes afros fueron asociados con delincuentes, o «guabalosos»; jóvenes cuya estética imitaba el estilo de vida de los raperos de los Estados Unidos. La forma de vestir con buzos y pantalones anchos; zapatos deportivos o tenis; atuendos como gorras, manillas y correas con hebilla grande; y los cortes americanos: cortes con dibujos de figuras y letras. Por ejemplo, balones de basquetbol, el signo de Nike, Adidas, etc. Así, verme y sentirme bien como parte de una comunidad, encontró en el estigma racial un obstáculo inevitable. Me sentía a gusto conmigo mismo y mi cabello, pero los agentes de policía nos perseguían y acusaban de ser ladrones o delincuentes solo por los peinados que usábamos. Fueron momentos difíciles para un joven negro caleño, que había encontrado en los cortes una expresión estética que afirmaba una identidad racial, pero que a los ojos de la sociedad caleña representaba un problema.

Poco a poco estas peluquerías ganaron visibilidad e importancia. Dejaron de ser marginales para ganar centralidad en la vida y dinámica de la caleñidad. Todos, sin excepción de edad, raza, clase o género iban a las peluquerías afro. Así mismo, los es-

tilos de corte se ampliaron. Paralelo a todo lo anterior, mi primo «Calvo» decidió migrar de Buenaventura a Cali. Mi madre, Luz Rogelia Rentería le permitió vivir con nosotros por algún tiempo en el barrio Santa Bárbara, al norte de Cali. Era un privilegiado. Me sentía afortunado de tener a mi primo en casa. El corte siempre estaba bien definido. Si el cabello crecía un poquito, mi primo me retocaba y quedaba como nuevo. Fueron unos años maravillosos. Todo el tiempo estaba con mi corte «clean», como suelen decir los peluqueros al referirse al estado impecable del corte.

Para el año 2004 ya mi primo había montado una peluquería en el Barrio La Rivera. Aunque la peluquería estaba cerca, durante ese tiempo yo estaba estudiando Trabajo Social en la Universidad del Valle. Fue así como entre las lecturas, trabajos individuales y grupales, exámenes parciales y finales; y las labores remuneradas que lograba encontrar de vez en cuando, me fui distanciando de los cortes. Con mi viaje a la Universidad de Massachusetts, en Amherst, Estados Unidos, se incrementó aún más mi distanciamiento, no solo con mi primo, quien hasta entonces me peluqueaba gratis, sino con los cortes afro. Primero, no tenía tiempo para sentarme por una hora y peluquearme, pues decidí invertir el tiempo en cumplir con mis obligaciones académicas. Segundo, en los Estados Unidos el corte de cabello es muy costoso. Un corte puede costar

entre USD \$15 y USD \$30 dólares con afeitada. En pesos colombianos sería algo así como entre \$40.000 y \$80.000 pesos. Es por eso que, prefería peluquearme yo mismo al frente del espejo, o no peluquearme.

Fue aquí donde sentí que los cortes afros que iniciaron como una alternativa se volvieron una norma. Al popularizarse, se volvió una exigencia de presentación formal y común para la gente negra. Observé que pasaron a ser una norma que estaba socialmente regulada. Se convirtió en un pecado capital el no tener el cabello en estado «clean». En ocasiones, por falta de tiempo, decidí dejar crecer mi pelo de forma natural, afro y sin Miki. Influenciado por estas corrientes naturalistas del cabello, fui nuevamente sometido al control social que mis amigos y primo Calvo ejercían para que me mantuviera clean. Tanto en Estados Unidos como en Colombia, amigos cercanos me criticaban por tal peinado. Inclusive era un pecado pasarme la máquina y dejarme el pelo bajito, sin Miki o Jersey. Particularmente, porque mi cabello crece hasta en la frente, mis co-raciales me sometían a largas jornadas de críticas combinadas con burlas y mofas por la forma de mi cabello natural. Lo natural no era una opción aceptada en estos círculos sociales donde los cortes afros se convertían en la norma.

En la actualidad, hombres y mujeres jóvenes han encontrado en la naturalidad del cabello afro una fuente de identidad racial y de género. Es

increíble verlos con sus cortes naturales, afros, grandes y «rebeldes» rompiendo con todos los códigos, esquemas y normas que la sociedad quiere imponer sobre sus cuerpos y estéticas. A mis casi ya cuarenta años, he decidido mantenerme entre usar cortes afros o mi pelo natural. Quiero sentir que soy libre de elegir como me quiero ver sin ataduras o presiones sociales externas, sobre cómo debo lucir. Así que en ocasiones visito a mi primo para que me deje el cabello *clean*, en otras me lo dejo crecer natural, y en otras, me corto el cabello bajito, sin Miki. Al final yo decido cómo me quiero ver.

Carlos A. Valderrama R., Ph.D.

Trabajador Social de la Universidad del Valle. Magister y Ph.D. en Sociología de la Universidad de Massachusetts, Amherst, EE. UU, con especialización en Estudios Afrodiaspóricos y Latinos de la misma universidad.